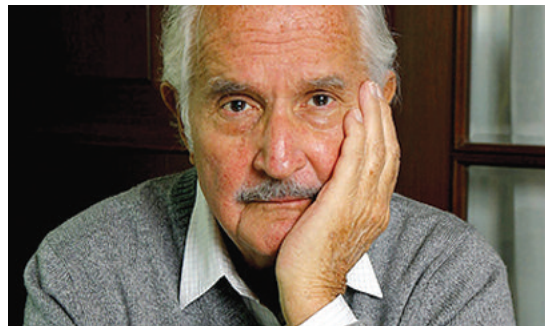




LEWIS DARTNELL
Abrir en
caso de
apocalipsis

Página 3



CARLOS FUENTES
Una lectura
integral de sus
últimos libros

Página 4



SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 222 | JUEVES 3 DE MARZO DE 2016

Jazz

o la gran novela psicótica argentina



EN ENFERMO DE FÚTBOL, DANIEL FRESCÓ DA FORMA A UN SUEÑO

En *Enfermo de fútbol* (Emecé), el periodista Daniel Frescó concreta un sueño colectivo a través de un personaje común cuya única pasión es mirar todos los partidos que pueda en ese sinfín del balón generado por la tecnología y abandona su trabajo para sentarse frente al televisor ad eternum. “José Miranda es alguien de cincuenta y pico de años, instalado en la vida y que trabajaba en una compañía de seguros, no

faltaba nunca, alguien previsible que decide de golpe comprar un sillón para ver mejor los partidos e inventa una excusa para faltar al trabajo. Esa excusa se encadena con la necesidad imperiosa de comprarse un televisor acorde al sillón y es el disparador de un llamado a su jefe para avisarle que se queda en su casa a ver Barcelona - Real Madrid”, resume Frescó como se gesta la decisión del protagonista.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 3 DE MARZO DE 2016

Jazz

o la gran novela psicótica argentina



→ JAVIER CHIABRANDO

Desafiando el consejo de Horacio Quiroga que decía “no escribas bajo el imperio de la emoción”, Néstor Barron escribe enojado. O es un cínico y hace que veamos el mundo con sus ojos. O simplemente se ríe de todo, y de nosotros también. Sea como sea, su mirada sobre el mundo tiene un poco de cada cosa: enojo, cinismo, risa. Barron es difícil de clasificar, como su obra. Es poeta, novelista, músico. En todas esas disciplinas se pone en el lado incómodo del proceso creativo, y hacia él arrastra al lector u oyente. La diversidad en estilos, idiomas, géneros, de su música, que se puede escuchar en su blog personal, es la prueba. La novela *Jazz* también es una demostración de esto, desde su título hasta su estructura. Ya lo dice el texto promocional: “...el lector puede ‘acusar’ a *Jazz* de no encajar en ninguna corriente de la literatura argentina contemporánea. Y no será desmentido”. Los que firman la contratapa hablan de “novela anómala, caótica, impredecible”. Ahora mejor veamos con nuestros propios ojos. *Jazz* es una obra que parece errática pero no lo es. Una novela que parece no tener centro pero lo tiene. Para entender esto hay que prestar atención al título: *Jazz*. Como en toda obra de jazz hay una melodía y hay improvisaciones (así se llaman en el jazz, no variaciones, etc.). Los oyentes entrenados saben reconocer cada cosa. Los menos habituados, se pierden. Como a un músico de jazz, a Barron no le importa que el lector se pierda. Es más, te invita al desvarío tal como narra Platón en los diálogos de Fedón donde asegu-



NÉSTOR BARRON. POETA, NOVELISTA, MÚSICO. SIEMPRE DEL LADO INCÓMODO DEL PROCESO CREATIVO.

ra que los poetas solo pueden extraviarse. Y así se lo dice el narrador a una de sus mujeres: “Ese fue siempre el problema entre nosotros: vos abocada a la misión de salvarme, y yo solamente quiero que me dejen perderme”.

La melodía central es la de un escritor sospechosamente parecido al autor, al que llaman el Irlandés, como al autor, y que vagabundea por ciudades de Europa y por Buenos Aires, a veces sin continuidad lógica, a veces saltando de uno a otro lugar por la pura necesidad de perderse. Ese vagabundeo se da en compañía de amigos, editores, o mujeres a las que el escritor vuelve siempre para escapar siempre. El vagabundeo comienza con una soberbia escena de una eutanasia en Ginebra mientras Nicole, una de las mujeres del Irlandés, es atacada por pulgas de los patos del lago de Ginebra. De ahí en más el narrador nada se priva de decir o de ha-

cer. Nunca actúa buscando comprensión, amor o no ser expulsado de algún paraíso circunstancial. Rara vez tiene compasión por sus contemporáneos ni le importa ser bien visto o recordado. Como bien dice: “Lección de Ética n° 2: Lo importante no es lo que uno haga, sino saber borrar las huellas.” Ese vagabundeo también se da, como en la de los amigos de *El diablo en las colinas*, de la mano de un Cesare muerto décadas atrás, que habla italiano, que huele mal como un buen muerto, y que como el Pavese al que parece citar, no tiene suerte en el amor, que es como decir en la vida, y perderse es la única salida que tiene, ya no en las calles de Torino sino en el mismo derrotero en el que se pierde el Irlandés.

Mientras tanto, el Irlandés asiste a uno de los momentos claves de la humanidad, el fin del hombre biológico, el hombre que, pese al imperio de lo digital, insiste en ser analógico. Es el destino. Es la fatalidad. Va a suceder de todas formas, de la misma forma en

que el hombre era un animal y un día se puso de pie. Y ese cambio comienza a darse en la Argentina, en las inmediaciones de nuestro narrador, rodeado de muertos, amputados y prostitutas, alcohol y drogas. Porque la Argentina es el laboratorio del mundo. Mejor dicho, es el conejo de indias del mundo, y no obligado sino porque pareciera haberse ofrecido como parte del experimento final, como esos tipos que se anotan para probar remedios y ganarse unos pesos y son inoculados de alguna peste para terminar muriendo. La Argentina es el lugar de la psicosis colectiva, del desencanto, porque “un argentino siempre tiene algo que hacer antes de hacer lo que tiene que hacer”. Barrón aprovecha para ofrecernos su ácida (por decir poco) mirada sobre la Argentina. Dice el Irlandés: “¿Acaso toda la sociedad argentina no es también una familia psicótica? Una folie à quarante millions.” Es

probable que Barron odie a la Argentina con la conciencia de ser irremediamente argentino, aunque en realidad el objeto del desprecio, del amor irracional hasta la locura y el desprecio, es más bien Buenos Aires. Quizá es sencillamente otro juego al que nos invita.

Si al leer estas líneas alguien llega a la conclusión de que *Jazz* es una novela rara, como suena raro el jazz a veces, o la mayoría de las veces para los que están aferrados a la forma y creen que la música que no se puede bailar atenta contra la felicidad, a eso Barron responde con las palabras que Mingus le dijo a su público escandalizado: “Si esto que hacemos les parece raro, por qué no se miran un poco a sí mismos”. A eso invita Barron, a mirarnos a nosotros mismos, como seres humanos en estado terminal, y además como argentinos, civilización sin remedio. *Jazz* se podría pensar como una continuación de “Váyanse todos a la mierda, dijo Clint Eastwood”, y está organizada a partir de una serie enorme de epígrafes en todos los idiomas y orígenes posibles, desde citas literarias hasta diálogos de series televisivas. Además, está epilogado y acompañado por una nota final donde los “editores” aseguran que el libro fue escrito entre 2007 y 2010 en ciudades de Europa, y que fue posible editarlo gracias a la ayuda de una amiga, también personaje de la novela. El epílogo termina diciendo que el autor: “Murió en 2010. Ahora vive en París”. Porque se muere mientras se vive. Pero está el jazz, que es método y caos, enfermedad y remedio, encierro que propone una salida. Es que al fin hay que vivir, parece decirnos Barron en el capítulo “All you need is jazz”. Porque en la vida se vive improvisando, como en el jazz. “No hay método, hay que improvisar (...) Improvisación colectiva: esa es la idea. El gran Ideal. No a demasiada estructura sin sorpresa ni invención, y no a la dictadura del gran solista y todos a tocar en función de él. Improvisación colectiva, todos al mismo tiempo todo el tiempo. ¿Qué eso es el caos? Al fin vas comprendiendo”. Porque como dice el Irlandés en uno de sus momentos de debilidad: “No es que este mundo sea gran cosa, pero a veces tiene lo suyo.”

SORPRENDENTE Y AGUDA, FLEUR JAEGGY IMPACTA CON SUS CUENTOS

En *El último de la estirpe* la suiza Fleur Jaeggy reúne veinte cuentos y relatos que se caracterizan por climas opresivos y personajes que parecen tener una existencia suspendida en el tiempo, transitan bajo alguna amenaza, o solo permanecen, en ambientes cerrados o paisajes gélidos. Jaeggy, una de las escritoras de culto más relevantes de Europa, vuelve a impactar en este libro con su aguda y

hermética mirada de la realidad para hacer foco en la extrañeza de los vínculos, la orfandad afectiva, la soledad y la presencia constante de la muerte que aparece como un destino trágico, una provocación o una forma de expiar culpas a través del suicidio. Es autora además de *Las estatuas de agua*, *El dedo en la boca*, *Vidas conjeturales*, *Los hermosos años del castigo*, *Proleterka* y *El temor del cielo*.



JUEVES 3 DE MARZO DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



LEWIS DARTNELL. EL BIÓLOGO BRITÁNICO EXPERIMENTÓ ÉL MISMO TODO LO QUE CUENTA EN SU LIBRO, UNA ESPECIE DE MANUAL PARA LOS QUE LOGREN SOBREVIVIR A UN POSIBLE CATACLISMO.



LEONARDO HUEBE

Abrir en caso de apocalipsis (Debate, Random House, 2015), de Lewis Dartnell, da la sensación de ser el libro que, si habláramos de tecnología o informática, sería el botón de reinicio cuando lo que conocemos como sociedad se acabe. Es una especie de manual en el que el autor muestra lo que se debería hacer si mañana, o pasado, algunos sobreviviéramos al fin del mundo.

Lo singular no es que este libro contenga páginas repletas de tremendismo: sino todo lo contrario; porque es una guía de cómo volver a formar un grupo humano autosustentable lo más rápido posible en esta piedra llena de charcos que gira en la nada.

Sobre mis ruinas he apuntado estos fragmentos.

Con esta cita de T. S. Elliot de *La tierra baldía*, Dartnell abre este ensayo. En el comienzo, el autor muestra las diferentes maneras en que podría originarse un apocalipsis y se pregunta cómo harían

los supervivientes para soportar los momentos inmediatos y posteriores al cataclismo, qué sería lo primero que deberían recoger, que cosas deberían acumular, cuál sería el mejor punto geográfico al que movilizarse para sobrevivir, cómo cocinar y conservar alimentos, cómo generar energía de manera alternativa, cómo sobrevivir sin internet ni GPSs, cuánto tiempo lo que hay en esos almacenes coloridos a los que llamas ciudad pueden ayudar a la subsistencia.

Lewis Dartnell dice que lo básico para sobrevivir tras el final de lo conocido es recordar una frase de Richard Feynman que le repetiría a los que tuvieron la suerte (o no) de soportar la catástrofe: *que todas las cosas están hechas de átomos, pequeñas partículas que se desplazan en perpetuo movimiento, atrayéndose mutuamente cuando se hallan a corta distancia, pero repeliéndose al verse apretadas unas contra otras.*

Y este es el secreto de la naturaleza del mundo. Dartnell escribe que *la atracción entre partículas explica la tensión superficial del agua y la repulsión mutua de los átomos en*

estrecha proximidad explica por qué no me caigo al suelo atravesando la silla de la cafetería en la que estoy sentado. La diversidad de los átomos y los compuestos producidos por sus combinaciones, constituyen el principio clave de la química.

Y este es el componente principal de la supervivencia apocalíptica, la materia más odiada de la enseñanza escolar: la química.

Dartnell afirma que con esta guía un grupo de gente común que en un momento se despertaron cuando el resto no lo hizo, podría saltarse las etapas intermedias de recuperación para pasar a lo que llama *sistemas más avanzados, aunque todavía alcanzables*. Y agrega: *El objetivo para un reinicio acelerado de la civilización es saltar directamente a un nivel que ahorre siglos de desarrollo gradual, pero que todavía pueda alcanzarse utilizando materias y técnicas rudimentarios, la tecnología intermedia del punto exacto.*

O sea: no es lo mismo tirar una flecha en la oscuridad que si alguien está al lado del arquero sosteniendo una antorcha e iluminando el paisaje.

El autor preconiza que la próxima civilización, la posterior al apocalipsis, será con un reini-

cio verde. Dice: *A nosotros la civilización 2.0 podría parecerse una mezcla de tecnologías de diferentes épocas, algo no muy distinto del género de ciencia ficción conocido como steampunk.*

Dartnell, al principio, describe cuáles serán las necesidades inmediatas de los supervivientes, y cuáles son las directrices para conformar una nueva civilización.

Pone como ejemplo a los habitantes de New Orleans, que tras el huracán Katrina y sin ayuda gubernamental reconstruyeron los barrios pobres de la ciudad, tras soportar el período de saqueos y banda organizadas dominando las calles.

Dinero y cuentas bancarias dejarán de ser el eje del poder; lo serán agua, alimentos y conocimientos médicos; además, argumenta cuáles serían las razones por las que una cárcel podría considerarse como el lugar más seguro para que sobreviva una comunidad post apocalíptica.

Lewis Dartnell, de manera amena, le enseña a aquellos neófitos en ciencia, química y tecno-

logía antigua, no sólo lo que pueden hacer con sus propios excrementos, sino como utilizar vidrios para generar energía, como hacerse ropa o por qué ir corriendo apenas se sobrevivió al fin del mundo a un campo de golf.

Cuando el lector deje este manual, sabrá cómo reconstruir la infraestructura de un modo civilizado. Y espero que también haya adquirido una sólida comprensión de algunos de los hermosos principios básicos de la propia ciencia. La ciencia no es una colección de datos y cifras: es el método que uno tiene que aplicar para determinar con seguridad cómo funciona el mundo.

Lewis Dartnell es un biólogo que estudió en la universidad de Oxford e hizo su doctorado en la Universidad Colegio de Londres (UCL). Actualmente es investigador en la sección de astrobiología de la agencia Espacial Británica en la Universidad de Leicester. Se especializa en la búsqueda de vida en Marte.

Se recomienda buscar los videos de Lewis Dartnell en YouTube. Todo lo que explica en *Abrir en caso de apocalipsis* fue experimentado antes por él mismo.

LOS BESOS EN EL PAN: FOTOGRAFÍA DE LA CONTEMPORANEIDAD ESPAÑOLA

La última novela de Almudena Grandes, *Los besos en el pan* (Tusquets), compone una fotografía del presente español y conjura la crisis económica con un escenario que parece encajar en la actualidad de cualquier país de Occidente, una incursión en la intimidad de un barrio donde el protagonista son el colectivo, los lazos y la lucha de los vecinos por “seguir siendo quiénes son”. “Si nuestros abuelos nos

vieran, se morirían primero de risa, después de pena. Porque para ellos esto no sería una crisis sino un leve contratiempo. Pero los españoles, que durante muchos siglos supimos ser pobres con dignidad, nunca habíamos sabido ser dóciles. Nunca, hasta ahora”, escribe Grandes. De esa manera la escritora planta el eje de una novela donde narra el presente de España tras la crisis de las hipotecas.

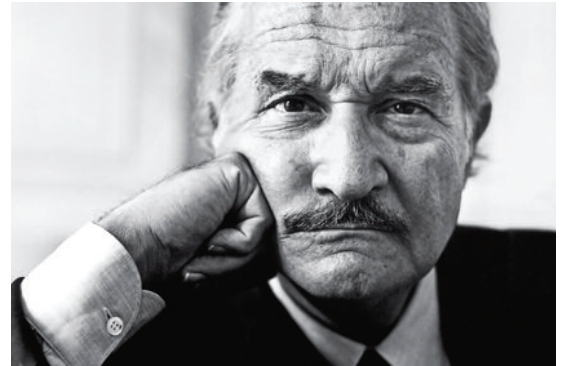


CONTRATAPA

➔ JUAN PABLO BERTAZZA

El tiempo del después

Una lectura integral de los últimos libros de Carlos Fuentes



#

Hay algo tan misterioso como irresoluble en aquello de la última vez, en cualquiera de sus variantes: ¿puede haber clara conciencia de estar viviendo una vez última o el solo hecho de saberlo difiere esa última vez como con las noches de Sherezade? ¿Caben la voluntad, la fortuna, el edén, la familia, el amor y la felicidad cuando todo el espacio lo ocupa el abismo?

La última vez de todo es una tumba sin nombre: comparte con la muerte lo inefable.

El enigma.

I

Novelista, ensayista, dramaturgo, cuentista y guionista, considerado el primer escritor profesional de México, y abanderado por excelencia del boom latinoamericano que, precisamente, empezó a estallar a partir de 1958 (año en que publica *La región más transparente*, su primera novela). Con el Premio Cervantes en su haber y un singular currículum que incluye colaboraciones con Luis Buñuel y hasta un western escrito junto a Gabriel García Márquez, cuando en 2006, cada vez más lejos del Premio Nobel, Carlos Fuentes publicó *Todas las familias felices*—libro que tiene la particularidad de ser el principio del fin, la inauguración del cierre de su obra—surgía una tímida pero legítima pregunta muchos nos formulamos casi con un hilo de voz: ¿por qué razón sigue escribiendo este prolífico autor de 78 años cuando podría dedicarse a vivir holgadamente y viajar por el mundo como lo hacía en su infancia?

La respuesta, hoy después de todo lo sabemos, pasaba por la familia: aquella primaria institución que le vino a Fuentes como anillo al dedo para encarnar su característica tensión entre mito e historia, individuo y patria, identidad personal y colectiva, tiempo subjetivo y tiempo objetivo.

Es que el tema central de aquel libro de relatos Carlos Fuentes—y también de casi toda su obra última—son los parentescos, con todos y cada uno de los lazos imaginables e inimaginables: la mujer más fea de la familia que le roba el marido a su prima, el hijo deforme que pone a dura prueba el egocentrismo de un superficial galán de cine, un vagabundo que visita la casa de su hermano millonario para cambiar la suerte y, en el medio, el amor, encarnado en dos viejos novios que se encuentran luego de que sus padres le frustraran el casamiento, una pareja extremadamente fiel de gays en medio de la zona roja de México de los años 60 (“una mezcla de St. Germain de Près y Greenwich Village”) y un matrimonio que no puede separarse porque sólo “los ojos de ella lo recuerdan a él como era de joven”.

Es cierto que no faltaban en *Todas las familias felices* las alusiones a la historia de México (la infaltable revolución mexicana, desde luego) ni los escenarios de Chiapas y Ciudad Juárez, pero en este caso solo servían de fondo a partir del cual se contaban los hechos. Y dentro de la familia, el eje del libro está puesto en la dicotomía rebelión/traiición: una extensa gama de padres, desde un general que debe matar a su propio hijo revolu-

cionario hasta un recalcitrante católico que quiere que sus cuatro vástagos vayan al Seminario, parece hostigar a sus descendientes con el oculto propósito de generar la rebelión: “el traidor es execrable, el rebelde es respetable”. Y, por último, lo que vuelve con el tema de la rebelión es la búsqueda de la identidad, porque todos los personajes de estas familias felices mantienen su vigor de la primera hora, justamente, gracias a la rebelión de sus hijos.

Todas las familias felices—que reúne 16 narraciones cortas fundidas con la arcilla de los coros que, a la manera de la tragedia griega, componen una voz discordante y colectiva que comenta la trama de los capítulos—parece rebelarse también a la cuantificación de “La edad del tiempo” con sus jugosos coros intercalados y la recurrencia de algunos de los personajes hacia el final del libro que, como los actores de cada acto, se unen en un saludo final.

Todas las familias felices será la primera bomba de tiempo en el último Fuentes que se propone, en definitiva, arranca las agujas de “La edad del tiempo” y tender así a la eternidad que, como decía Platón en el *Timeo*, es el propio tiempo cuando ya no se cuenta. Lo interesante y lo paradójico es que en *Todas las familias felices* Carlos Fuentes, sale de sí mismo para intentar dejar grabado su nombre con sangre.

II

Más que una paradoja, se trata de un quiebre de cintura que Fuentes desarrolla con extraordinaria habilidad en los últimos libros: un movimiento oblicuo que en *La voluntad y la fortuna* lo ha-

ce ubicarse en los antípodas del best-seller aun cuando da algunos indicios de estar a la cabeza de la moda, aun cuando ya casi nadie escribía como Fuentes.

Carlos Fuentes atravesó en vida, y de manera duplicada, un dolor irrepetible: la muerte de un hijo, algo que impregna *La voluntad y la fortuna* no sólo en la dedicatoria, sino también en mismo tema que aborda. Como esos viejos cantautores que, luego de haber hablado casi de todo, se concentran obsesivamente en una parcela temática, Carlos Fuentes repetía con esta novela (y lo seguiría haciendo después) dos grandes motivos de *Todas las familias felices*: la tragedia y la familia. Aun cuando la tragedia está disfrazada de culebrón latinoamericano y la familia se disimula en una ilimitada camaradería.

Josué empieza a contar su historia una vez que lo decapitan, continuando una tradición de literatura hecha por gente muerta. Es en la escuela donde Josué conoce a Jericó, que además de salvarlo de los ataques de sus compañeros, se convierte a partir de ese momento en un cofrade, un hermano, su doble. Juntos, Josué y Jericó—que están hermanados en su orfandad y en la extraña coincidencia de recibir cada mes una suma de dinero sin remitente—sellarán para siempre una unión que los verá abrirse a la vida y al destino a partir de un debut sexual conjunto con una enigmática prostituta y, sobre todo, de una voraz búsqueda intelectual que les deparará lecturas tan disímiles como San Agustín y Nietzsche—el filóso-

sofo alemán permanecería, como veremos, en el escritorio y en la mente de la obra tardía del escritor—. Pero como suele suceder con las alianzas totales, se les vuelve realidad la pesadilla de no haberlos unido el complemento sino la oposición, y así se revelan sus profundas diferencias: uno se dedica al estudio, otro a la vida; uno es epígono, el otro parricida; uno heterosexual, el otro homosexual; uno viaja a la ciudad de la libertad, el otro complementa sus estudios de abogacía con frecuentes visitas a la profundidad lúgubre de una prisión donde, entre otras cosas, ahogan a menores para controlar la población carcelaria; es decir: uno encarna la voluntad, el otro la fortuna.

Entre el amor y el odio, entre el conocimiento esencial y la ignorancia cotidiana del otro y también de un secreto que los aúna, ellos dos serán el centro de muchos otros dobles que van configurando, ficción mediante—y cuándo no en la obra de Carlos Fuentes—, la más pura realidad mexicana: Valentín Pedro Correa, el pusilánime presidente de la República, y Max Monroy, un enigmático magnate de la industria de la información, además de sus incondicionales asistentes: María del Rosario Galván y Asunta Jordán.

Desde los telares de la antigüedad—pasando por el Medioevo, el Renacimiento, las dictaduras y revoluciones—hasta los reality show y los emos, Carlos Fuentes hilvanó en *La voluntad y la fortuna* una novela entre metafísica y realista, entre policial y (educativamente) sentimental. Una novela que sin estar ajena a esa naturaleza insondable de la moda literaria, lleva el sello inconfundible de un modo literario, el de Carlos Fuentes.